

Abrahán Valenzuela

## El lenguaje: un proceso de equilibrio

(NOTAS LINGÜÍSTICAS)

(Continuación del N.º 358)

### III

#### *El desquiciamiento fonético y la recomposición analógica (2)*

16. Tan definida y fuerte es la tendencia a buscar el ajustamiento a una regla, o, más bien, a una uniformidad —ya sea material o de significación—, que el habla popular “siente” como si la lengua estuviese siempre sometida a leyes, a normas objetivas de causalidad, independientes de la voluntad y el intelecto del hablante. Si tal norma no existe (o no se la conoce), el pueblo la inventa, en su permanente convicción de que es preciso evitar irregularidades. Ejemplo conocido es la síncopa radical que se produce en “saldrá”/ “doldrá” (pop.), “valdría”/ “quedría” (pop.).

Se ha querido comparar el procedimiento analógico a una cuarta proporcional algebraica:

valer : valdrá = querer :  $x$

$X$  = quedría (vulgar analógica).

Pero la verdad lingüística no es tan neta; los hechos de la lengua nunca ocurren con simplicidad matemática; el proceso analógico no todas las veces se ejerce sobre solos cuatro términos, siempre es como un resumen o síntesis de un mayor número de elementos, no fácilmente determinables. Recordemos, por vía de ejemplo, que nuestra categoría gramatical del género no tiene una forma única de expresión (doctor/ doctora; pero : poeta/ poetisa y abad/ abadesa); la analogía no ha dejado de construir "series", pero no ya una serie única para cada categoría gramatical, puesto que, operando sobre elementos distintos, los resultados han debido ser una pluralidad de estructuras.

17. En la *sintaxis* son especialmente frecuentes las simetrías analógicas. El esquema normal de nuestra oración, que da a la ubicación de la palabra en la frase el valor de un morfema (ver párrafo 13), no reposa sino en la subordinación a un modelo constituido por analogía. Los procesos sintácticos de fusión o contaminación deben, en el fondo, tenerse por una de las formas en que procede la analogía. En su caso, es una tercera construcción niveladora la que desplaza a otras dos que se han atraído por sinonimia. Cuervo, en la introducción de sus Notas a Bello, trató este punto con la penetración y doctrina que le eran habituales y de que tanto provecho han tomado los filólogos que lo han seguido, sin recordar todas las veces a quién deben el punto de partida de sus informaciones y su método.

Innumerables construcciones idiomáticas a que se presta el "que" castellano no tienen otra explicación lingüística que la fuerza de la analogía o de las contaminaciones sintácticas. Queremos naturalmente aludir a aquellas formaciones que no admiten el rigor del análisis lógico sino cuando se fuerza arbitrariamente la frase de la lengua viva; a los giros idio-lingüísticos en que el valor del "que" se ha ido decolorando hasta el punto de que el antiguo relativo se hace mero instrumento mecánico de unión, signo algebraico, partícula de aplicación universal, según la calificación de Hanssen (Gram. hist., párrafo 646).

La nivelación formal que se logra comenzando con el "que"

todas las frases relativas y uniformando la sintaxis por un solo tipo oracional (el de la oración independiente), debe considerarse como uno de los resultados de esa tendencia normal de la lengua viva a evitar las formas engorrosas y molestas; en este caso, la acumulación de partículas con valores lógicos específicos (ver: Ch. Bally; "Le langage et la vie", I, parte 1.<sup>a</sup>, 8, y V, II).

Es, por ejemplo, típica construcción de este grupo: "Una mujer *que* su marido había muerto ya", censurada, ciertamente, por los gramáticos, aunque profusamente autorizada: "Sí, dijo la guía, *que* Ganchuelo era su nombre" (Cervantes), "Hablo de las letras humanas, *que* es su fin poner en su punto la justicia distributiva" (Quijote), "¿Quién es la *que* rayos son/ sus dos ojos fulminantes?" (Lope). Son algunos ejemplos entre los innumerables que tenemos registrados; el uso tiene en esto una fuerza que ya nada podrá detener. Y lo decimos, porque es largo el camino que llevan hecho en la lengua giros como los siguientes, sin mayor valor lógico que los anteriores: "¿No sois aquel *que* jamás/ os vieron la espalda vuelta?" (romance popular), "Gitanica, *que* de hermosa/ te pueden dar parabienes" (Cervantes), "Se lo dió a su jumento, *que* no le supo mal" (Quijote), "Non fué caña liviana *que* la torna el viento" (Berceo), "Un fijo *quel'* dixieron don Fernando" (Crónica General). El fenómeno tiene notable generalidad, pues en francés ocurre en igual forma. Pero hay en este tema tanto material que ordenar a la luz de nuevos principios, que desearíamos reservarle un ensayo posterior, si no es que antes nos detiene el escaso mérito de estas notas.

18. El poder destructor de los cambios fonéticos se advierte claramente en el desplazamiento del edificio flexional del nombre latino. Ya en latín vulgar el sistema flexional de los casos se hallaba en vías de extinción; se había difundido la construcción de todas las preposiciones con acusativo; el dativo quedaba representado por "ad" y el genitivo por "de". Los romances, desde su formación, carecieron de declinación nominal; sólo el francés y el provenzal arcaicos conservaron restos de ella, pero distinguían sólo dos casos flexivos: sujeto

y régimen. Con el tiempo, estos últimos restos se extinguieron también.

Dentro del latín mismo, uno de los hechos que encaminan esta evolución es la pérdida de “-m” final; otro es la confusión de las vocales largas y breves en la sílaba final. Resultó así, por ejemplo, el acusativo “cervum” (“U” breve) igual al dativo y ablativo “cervo” (“O” larga). En resumen, las transformaciones fonéticas favorecieron la confusión de las desinencias casuales e imposibilitaron su función diferencial.

Aunque este soporte fonético de la declinación flexiva del nombre era débil a causa de su vaguedad, con todo, no creen ya los lingüistas que esos cambios fónicos hubieran bastado para desplazar el sistema flexivo y substituirlo por el preposicional analítico. La verdad es que, en la evolución general, intervinieron otros factores concomitantes: el desarrollo interno del uso de las preposiciones y el carácter de necesidad que tomó el orden sintáctico.

Hay dos errores comunes que desvanecer en el estudio de este proceso: 1) la preposición latina no “regía” el nombre, y 2) el sistema preposicional no se “substituyó” al de las flexiones casuales.

La preposición que solía preceder al nombre no “determinaba” el caso. Este estaba precisado ya por la función sintáctica; mas, como la sola desinencia no bastaba a expresar los matices de la *relación*, para especificar ésta se antepuso al nombre una preposición, más rica y precisa en la expresión de las circunstancias. La preposición fué, pues, coadyuvante del caso, no lo “regía”.

En el latín posterior, ya desvanecidas las diferencias materiales de los casos, se pudo advertir —en la semiconsciencia colectiva en que se desarrolla el habla— que *la preposición bastaba* para asumir con ventaja la totalidad de la función: la originaria, de coadyuvante de la desinencia, y la del “caso” mismo. De esta suerte, la declinación preposicional, fina, clara y útil, se fué extendiendo cada vez más, mientras la flexiva se atrofiaba por insuficiente. Durante una larga época, los dos sistemas conviven, apoyándose uno en otro; luego el sistema nuevo, secundario en su origen, creciendo en el

interior del sistema antiguo, llega a ser el único medio necesario para expresar toda la función. Así, pues, el sistema preposicional no “substituyó” al desinencial en una época determinada del desarrollo del latín o de los romances; el nuevo sistema surge del antiguo en una evolución larga e insensible; no hay “reemplazo”, sino crecimiento natural de uno de los elementos de “un sistema” a expensas del otro: transformación característica en algunos procesos biológicos.

En resumen: la evolución fonética dió comienzo a la destrucción del edificio flexional del nombre; la tendencia analítica va asignando la totalidad de la función a la construcción preposicional; por fin la analogía (especialmente enérgica en lo morfológico) da estructura completa a un nuevo sistema que es más discriminatorio, uniforme y cómodo que el antiguo.

Pero nada se realiza aisladamente en la gramática. Ajustada a la nueva “tendencia”, se desenvuelve otra innovación sintáctica: el orden de las palabras en la frase adquiere *valor gramatical* (antes, con la declinación flexiva, lo tuvo puramente estilístico). El nuevo sistema sintáctico convive también con el desinencial antiguo, y aun se les emplea simultáneamente en la frase real, cuando es necesario que ésta adquiriera el máximum de precisión y claridad (lengua jurídica, mercantil, etc.). Todavía en el francés arcaico coexistían las características casuales y los dos órdenes de construcción (“Pol fiert Pierres”/ “Pierres fiert Pol”). El “orden” se impuso finalmente; era más *cómodo* que el sistema flexional. Se ha comprobado que ya en el latín clásico, las transposiciones no eran tan frecuentes en la lengua familiar (la comedia, por ejemplo) como en la poesía y la oratoria.

Los tres fenómenos generales, o, más bien, los tres aspectos de una misma tendencia se desenvuelven, pues, en un mismo “estado de lengua”: desplazamiento de la declinación casual (favorecido por la fonética), crecimiento del giro preposicional y validez gramatical del orden sintáctico. Los procedimientos nuevos siguen un largo desarrollo gradual: el uso se generaliza; luego se hace habitual en el habla corriente, finalmente toma carácter de sistema *necesario*. Pero

en ningún momento pierde la lengua su unidad; nunca es sensible el cambio profundo que están sufriendo el habla y el sistema; el *equilibrio* de las tendencias y los usos es tan normal como en cualquier período del desarrollo de la lengua.

19. La gramática de cada idioma se halla, pues, al igual que su fonética, en constante cambio; pero estos dos sistemas se transforman de manera diferente. La evolución de los procedimientos gramaticales no es necesariamente inconsciente, como lo son las transformaciones de los fonemas. Aquéllos son de naturaleza puramente *intelectual*, pues se originan en las categorías mentales; y, aunque involuntarios, nunca en su evolución interviene la mecánica muscular, como ocurre en la evolución del material sonoro.

Por otra parte, ya se dijo que esta última afecta a las unidades del sistema (fonemas), independientemente de las “palabras”; mientras que las alteraciones morfológicas recaen siempre en la “palabra” misma, y no en los morfemas aislados. La explicación de esta última característica está en que *el cambio morfológico se origina en el uso*, donde nunca los morfemas se hallan aislados. Es verdad que la gramática es de esencia intelectual, pues se conforma a las categorías psíquicas; pero esto es en cuanto integrante de la lengua-sistema, y no en el uso o habla real; y, como lo expresa Saussure, “nada entra en la lengua sin haber sido ensayado en el habla”.

Existe otra diferencia general: mientras los cambios de la morfología no afectan al sistema gramatical en su conjunto, sino a uno de los elementos del sistema en uno solo de sus empleos, las alteraciones fonéticas alcanzan, por lo general, a la totalidad del sistema respectivo.

Se comprende que los resultados han de ser también distintos. Cada transformación fonética es un hecho *general*; lo es en cuanto no deja “residuos”; un sonido desaparece o se transforma en todas las palabras de la lengua en que aparece (ver párrafo 7). Las innovaciones morfológicas, por el contrario, dejan subsistir durante cierto tiempo las formas desplazadas, que comparten sus funciones con las

nuevas. Está de más advertir que, en la masa hablante, no hay conciencia alguna de cuáles son las formas que han de perecer y cuáles las que constituirán el nuevo sistema exclusivo. Es la base psicológica de todo "estado de lengua".

En otros términos, en cada "estado" siempre hay *residuos morfológicos*. En nuestra conjugación sobreviven innumerables formaciones tradicionales resistentes, junto a las nuevas series analógicas; entre nuestros compuestos, aun hallamos sustantivos con la función del genitivo latino (casapuerta, aguaducho, aguamanil, colapez, madreSelva, etc.), siendo que el genitivo con "de" es muy arcaico en nuestro sistema de composición; por ejemplo, "hidalgo" (Hanssen, Gram. hist., párrafo 420). En francés, el plural "chevaux", se mantiene al lado de "chacals", y los genitivos no-preposicionales "rue Gambetta", "Hotel-Dieu" conviven con los nuevos formados con "de". La verdad es que la lengua no alcanza a sufrir daño con esta clase de contradicciones: su organización sistemática es lo bastante sólida como para tolerar sin riesgo tales anomalías (J. Vendryes, "Le langage", II, V).

20. En las lenguas del tipo de la nuestra —las flexivas—, el sistema morfológico está, en su gran proporción apoyado en el material sonoro (párrafo 13); de ahí que las transformaciones fónicas afecten permanentemente y en diversas partes al sistema gramatical y a las estructuras analógicas que se hallan en su base.

El *uso* lingüístico es a menudo incoherente; de ahí que la analogía no siempre realice su labor en línea recta. El sistema morfológico nunca sufre transformaciones totales, sino en alguno de sus elementos y en determinada función. Además, tales alteraciones son circunstanciales, como motivadas comúnmente en lo casual del fenómeno fonético. No es de extrañar, pues, que, como resultado, se advierta siempre en la morfología de una lengua notable falta de coherencia y uniformidad. Por esto mismo, la analogía, correctora de anomalías y productora de uniformidades, no halla jamás término a su ejercicio. En realidad, esta acción no tiene más límite que su

necesidad y la posibilidad de obtener algún resultado. La evolución fonética es incesante en la relajación de los nexos gramaticales; ahora bien, toda forma de tipo insólito choca al sentimiento lingüístico espontáneo, al genio de la lengua, como antes se dijo; y esta instintiva reacción es la fuerza que pone en actividad al procedimiento analógico (M. Lejeune).

Otra consideración general hay que tener presente. La evolución gramatical nunca "crea" formas nuevas; su resultado es siempre una "transformación" de elementos ya existentes en la lengua: se restringe el empleo de ciertos procedimientos gramaticales, mientras otros van cobrando mayor frecuencia en el habla, hasta que el procedimiento antiguo queda definitivamente desplazado. De la naturaleza de este proceso, es ejemplo claro el desarrollo del giro preposicional y del orden sintáctico a costa de la flexión del nombre latino (párrafo 18).

Ocurre con frecuencia que una forma asume funciones realizadas hasta entonces por un elemento distinto del sistema, y que tales funciones se repartan durante una época entre el morfema antiguo y el nuevo. No siempre este último arraiga en la lengua, y cuando el hecho ocurre, el elemento antiguo termina por perder su valor gramatical específico. No coexisten en la lengua por largo tiempo, ni las palabras ni las formas innecesarias.

Trabajo de "transformación", y no de creación *absoluta* es el que sorprendemos en la evolución lingüística. El español y el francés, por ejemplo, han hecho preposiciones de antiguos sustantivos, adjetivos, participios y adverbios: "excepto", "salvo", "durante", "aquent los puertos" (Berceo), "fuera Dios" (id.), "de iusso los vestidos" (id.), "fuera ende dos cibdades" (Crónica General), "dentro los montes" (Mariana), "en torno los tizones" (Ercilla). En francés: "chez", "hormis", "excepté", "passé", "vu", "malgré", "sauf", "pendant", "durant", "plein la rue", etc. En latín: "penes", "secundum". Se trata de antiguas palabras conceptuales que vacian su contenido para transformarse en meros signos gramaticales, en partículas de relación. Es un recurso tan general y uniforme, que los comparatistas

han podido comprobarlo en el sánscrito, tanto como en el inglés y en el húngaro.

Este orden de transformaciones ha permitido crear en nuestra lengua, aparte de nuevas preposiciones, artículos y pronombres, algunas conjunciones, verbos auxiliares, adverbios en “-mente”, etc., etc.,

En los ejemplos que se acaban de dar de preposiciones nuevas, puede verse como algunas se estabilizaron en su nueva función, mientras otras regresaron a la antigua. Es el trabajo permanente de ajustamiento, de coexistencia de lo nuevo y lo caduco, de lucha y de equilibrio, en fin, en que se desenvuelven las hablas y que los sistemas estabilizan periódicamente en cada “estado de lengua”.

Pero el punto de partida de estas transformaciones, como el de todas las sistematizaciones de la analogía, es siempre un elemento *tradicional*; nunca se sorprenden en las lenguas *creaciones absolutas*. Un elemento gramatical puede abandonar el sistema particular a que estaba asignado, para integrar en adelante un sistema morfológico diverso; pero siempre su valor como elemento lingüístico consistirá en su subordinación a la estructura de un sistema. De esta suerte, las tendencias tradicionales y conservadoras nunca se oponen a que lleguen a producirse transformaciones profundas en las estructuras (M. Lejeune).

21. El perenne conflicto suscitado entre la evolución fonética y las estructuras analógicas se enraíza en hondos procesos vitales. El lenguaje no es un medio de expresión comunicable sino en cuanto es un *sistema* relativamente estabilizado o, más bien, un sistema de múltiples estructuras significantes y formales. Su finalidad y el proceso de su realización son de orden psíquico y, en gran medida, *intelectual* (párrafos 10 y 14); pero el elemento sobre que actúa, en que debe necesariamente apoyarse y con que se actualizan sus virtualidades, reviste la índole *físico-fisiológica* esencial del material sonoro de las lenguas, que está sujeto, como sabemos, a las relaciones objetivas y causales de las “leyes fonéticas”.

Como la evolución fonética es permanente, lo que la mentalidad

de una colectividad hablante sistematiza no alcanza jamás definitivo *equilibrio*. El sistema de una unidad de lengua está dotado de una estabilidad meramente *relativa*, temporal, que se traduce en el hecho total que la lingüística denomina "un estado de lengua". Pero dentro de este sistema sincrónicamente concebido, los procesos fonéticos son constantes en su acción desorganizadora de las series formales y significativas erigidas en estructuras. La labor analógica de defensa y recomposición de éstas ha de tener necesariamente ese mismo carácter de constancia. En su desarrollo temporal, el desquiciamiento y la reestructura llegan a modificar tan profundamente una unidad de lengua, que, sin que ésta pierda, en el sentimiento de las generaciones sucesivas, su condición de "unidad", el sistema puede modificarse de tal manera, que llegue a constituir un nuevo "estado de lengua". No se puede precisar con uniformidad la extensión del período necesario para definir un estado de lengua relativamente al estado anterior del sistema. Se trata de un proceso en que interviene una pluralidad de hechos "históricos", lo cual, naturalmente, da a cada modificación general la naturaleza de un acontecimiento individual de una lengua.

Un "estado" puede durar diez años, un siglo, o aún más; en un sentido absoluto, debería definirse por la ausencia de todo cambio; mas, como semejante condición no se comporta con los hechos, el estudio de un estado de lengua implicará siempre desdeñar las alteraciones de poca importancia. Todo esto, como se comprende, es *relativo*. "En lingüística estática, como en la mayoría de las ciencias, "no hay demostración posible sin una simplificación convencional de los datos" (F. de Saussure, ob. cit., parte II, cap. I).

22. En general, la acción analógica en el campo de los sonidos se realiza por influencias "internas" de cada lengua, y consiste en que la alteración impuesta a una palabra por el fenómeno fonético es suspendida o reparada por la acción de otras palabras, dentro de una misma unidad de lengua, dentro de un sistema. Como en todos los hechos biológicos, suelen los casos anómalos ser aquí más revela-

dores que los normales. Un campesino de la Roma antigua sabía que "O" larga de su habla rústica correspondía a "AU" en la lengua urbana; como esto era cierto para muchos casos, tendía a uniformar el cambio, diciendo, por ejemplo, "plaustrum" en lugar de "plos-trum", "cauda" por "coda", "plaudere" por "plodere", etc.: la analogía (tan constante y poderosa es su fuerza) lo llevaba a la "ultra-corrección" o "hiperurbanismo" (Vendryes). A nuestro vulgo se le reprocha un prefijo "re-" frecuente en su dialecto; luego, por corrección excesiva, dice "endija" por "rendija". Es el mismo proceso.

Las palabras —y también las frases— tienden, pues, a asociarse en grupos en cuya base se hallan determinadas semejanzas o correlaciones. Una vez que se han constituido, esas series se convierten en "cuadros mentales", en grupos generadores a los que posteriormente se vienen a ajustar nuevos términos y nuevas formas. Por cierto que tales adaptaciones a los esquemas y analogías psicológicas resultan muchas veces contrarias al normal desenvolvimiento de los sonidos y a la lógica de las significaciones. Pero se ha recordado ya (párrafo 4) que la lógica lingüística no coincide con la lógica general del pensamiento.

Es analógica la agrupación de nuestros plurales por el signo "-s"; pero la tendencia psíquica va más allá, y quiere ver siempre un plural en ese signo formal ("*las Cibeles*"), como quiere ver un femenino en la "-a" ("*las Lusíadas*"). En latín "esse" tenía su signo de infinitivo en la desinencia "-se" (conversión de "re" en "se"); en italiano resultó "esse-re" y en francés antiguo "est-re", donde "-re" es una adición superflua, pues duplica el signo del infinitivo; sin embargo, es materialmente analógica, pues los infinitivos *deben* tener esa marca externa.

23. Donde la acción de la analogía nos parece más inmediata es en la conjugación. Como las formas de nuestro verbo constituyen una serie numerosa, son muchas las posibilidades de que actúen unas sobre otras. Por otra parte, tendemos a considerar como invulnerable el tema verbal, de significación uniforme y este hecho también

refuerza la unión del grupo de la conjugación. De aquí que la evolución fonética normal del verbo se halle frecuentemente enervada por la acción de la analogía. La lucha entre ambas fuerzas no termina con resultados uniformes. El triunfo pertenece a veces a la analogía, y otras, a las leyes de los sonidos.

En castellano, la forma "sois" es analógica, producto de la nivelación del plural del presente; se formó por el modelo de "somos", "son", desplazando a la forma tradicional que debió provenir de "estis". En cambio, en francés antiguo, la etimología pudo más que la tendencia analógica: la uniformación se hizo por el modelo "estis", que dió "estes" (ant.); la persona Nos. fué primitivamente "esmes", analógica; pero luego fué desplazada por "somes" ("sumus"), etimológica. En nuestras formas "sientes", "sintamos", la evolución actuó libremente pero en "vistes" (vestir), "vistamos", la analogía impuso la uniformidad, contra la ley fonética que pedía la evolución "E" (breve) en "ie" para la primera de esas formas.

El romance transformó mucho menos la morfología del verbo latino que la del nombre. Las desinencias verbales sobrevivieron por su claridad distintiva ("-abas", "-emus"), que las hacía "transportables" a cualquier otro verbo de creación nueva (Menéndez Pidal, Gram. hist., párrafo 103). Sin embargo, el verbo romance tuvo no pocas innovaciones. Continuó un proceso de *simplificación* morfológica que ya había comenzado en el latín mismo con la supresión de la voz media, del modo optativo y del número dual, que el griego conservaba. El romance, por su parte, eliminó la voz pasiva flexional, reemplazándola por el procedimiento analítico que aún conservamos ("éramos esperados"). Se perdió el futuro, pero reconstruimos otro, por medio de una perífrasis ("amar-he", "amaré"). Se abandonó la conjugación flexiva de otros tiempos, y se crearon formas analíticas uniformes ("haya amado", "haber amado"); y la comodidad de este método nos permitió enriquecer nuestro verbo con tiempos que la conjugación latina no conoció ("he amado", "hubiese amado", "habría amado"). Camino idéntico al del futuro romance hizo un tiempo

o modo nuevo, el condicional o potencial (“amar-hía”, “amaría”); ambos han llegado a convertirse en una síntesis gramatical.

Se comprende que la analogía haya desempeñado función primordial en la constitución de las nuevas series temporales. Tampoco ha sido pequeña su acción uniformadora de los elementos tradicionalmente conservados, que en muchos casos detuvo el proceso fonético deformador. En resumen, la conjugación romance pudo reconstruirse en gran parte mediante las acciones analógicas. Fueron muchas las formas del verbo latino que iban quedando privadas de una final expresiva; pero otras mantuvieron esa base material de su morfología, lo cual bastó para que, por propagación analógica, el distintivo se añadiera a las formas desgastadas por el uso y la evolución fonética.

24. La formación de nuestro verbo “*ser*” muestra con claridad el concurso de fuerzas distintas o divergentes que actúan sobre los hechos de la lengua, y el *equilibrio* que siempre logra la finalidad esencial de ésta: crear signos útiles.

“Ser” se formó con los residuos de dos verbos latinos: “esse” (*ser*) y “sedere” (estar, permanecer). En el romance arcaico, aun subsistían formas separadas: “so”, “era”, “fúy”, etc. (de “ser”), “seo”, “seía”, “sove”, etc. (estar); pero ya otras se habían hecho comunes de las dos significaciones: “sea”, “sey”, “scer”, “seyendo”, etc. Por esta misma época, la significación local, que etimológicamente pertenecía a “sedere”, fué pasando a un verbo derivado de “stare” (estar); con lo cual se facilitó la fusión de las formas de “esse” y “sedere” en un solo verbo, que redujo su acepción radical a “ser”.

“Sum” dió fonéticamente “so” (ant.), en que “-o” es analógicamente regular; la “-y” de “soy” es posterior e imitativa. “Eres” se tomó al futuro (“eris”). Son etimológicas y fonéticamente regulares: “es” (“est”), “somos” (“sumus”) y “son” (“sunt”). En cuanto a “sodes” (ant.), “sois” (mod.), que por cierto no es etimológica (“estis”), resulta por propagación analógica de “somos” y “son”, con lo cual el plural del presente se uniformó contra la etimología.

Mientras que el presente de indicativo se tomó, como se ve, de

“esse”, el de subjuntivo provino de “sedere”: “seyá” (ant.), “sea” (mod.), con pérdida normal de la “-d-” de “scdeam”. El pretérito se originó en las formas que “esse” tomó para este tiempo en el latín posterior; pero sus flexiones modernas se ajustaron analógicamente al paradigma temporal (fuí, fuiste, etc.); “fué” es formación fonéticamente normal derivada del alto latín; pero desobedece al cuadro analógico. Y son ejemplos bastantes para nuestro objeto.

En el romance primitivo, “ser” es verbo atributivo, y hasta el siglo XVII, no es raro su empleo con significación radical sustantiva: “Algunos *son* que se miembran...” (Fuero Juzgo), “Los sabios antiguos que  *fueron* en los tiempos primeros” (Crónica General), “Yo dixé qu’ *es* un Dios” (Hita), “Aquel hombre no había *sido* en el mundo” (Persiles), “Tal señora no *es* en el mundo” (Quijote), “*Fué* un tiempo en que tenía/ mi hermosura y bizarría” (Lope). Este uso sólo subsiste hoy en ciertas construcciones petrificadas (“Aquí *fué* Troya”). También ha perdido su función de auxiliar de participio neutro: “En buen hora *fostes* naçido” (Poema del Cid, 71), “El Campeador por las parias *fo* entrado” (id., 109), “*Soime* salido por estos arrabales” (Rueda), “Los turcos ya *son* idos” (Quijote).

En la lengua actual, el verbo se ha reducido al oficio de cópula de la oración nominal y al de auxiliar de la voz pasiva. Las someras indicaciones anteriores bastan para entender que su evolución es un caso característico de aquellos en que se entrecruzan varias acciones lingüísticas de diversa naturaleza: cambios fonéticos; fusión, repartición y evolución semántica; conversión en mero útil gramatical para servir a formaciones sintácticas nuevas. Un caso, por lo tanto, en que la recomposición analógica ha debido enfrentarse con diversas tendencias autónomas cuando no contrarias.

Hemos dicho ya que el camino de la evolución idiomática dista mucho de ser claro y rectilíneo. Lo comprobamos aquí con especial objetivación. El verbo “ser”, frecuentísimo en el habla corriente, no necesita de asociaciones formales ni ideológicas para hallarse siempre presente en la memoria de la masa hablante. Por eso, sus anomalías han podido resistir mucho al trabajo de la analogía. Sin embargo,

ésta logró construir sus series temporales, personales y modales completas, sin que las flexiones se aparten tanto de los paradigmas como hubiera sido de temer. Las peculiaridades de la lengua infantil y de la vulgar no son, en el verbo "ser", ni más numerosas ni más graves que en la conjugación corriente. Es decir, ha llegado a *estabilizarse* en la lengua un verbo que no es en nada extraño a los cuadros generales de nuestra conjugación.

25. La lucha constante de la mecánica fonética con la "constructividad" psíquica de la analogía se realiza —como se dijo— en todo el campo de la morfología y en cualquier estado de la lengua. En lo que precede, sólo hemos querido destacar algunos casos manifiestos que pueden esclarecer los varios aspectos de este incesante fluír y refluir cuyos resultados son comúnmente inciertos y nunca definitivos. No ha de olvidarse que toda innovación analógica tiene siempre un origen individual y concreto en *el habla*, aunque su resultado final y su norma sean de orden sistemático, puesto que las formas generatrices están reguladas por relaciones que pertenecen a la lengua en cuanto a sistema.

Ahora bien, el habla real, la mentalidad colectiva, se cuidan muy poco de los intereses puros de la lógica; las formas necesarias del pensamiento le importan sólo por un punto de vista práctico: que la lengua cumpla su finalidad como medio de comunicación inteligible y cómodo. Podríamos decir que esto fija el límite en que actúan en la lengua las ordenaciones intelectuales; lo fortuito sobrevive en ella hasta el momento en que se advierten daños para la claridad y estabilidad relativa necesarias a cualquier sistema de signos. En todo "estado de lengua" hay, pues, un margen de tolerancia transitoria entre la mecánica del material fónico y lo consciente de la estructura analógica; es decir, se mantiene un *equilibrio* entre dos energías radicalmente opugnantes.

Ahora pasaremos a otro sistema general en que también el "estado de lengua" se define como resultado de un equilibrio temporal.

(Continuará).